CARLOS

Mi nombre es Carlos y tengo 31 años. De Andalucía pero vivo en Barcelona desde hace 8 años. El tiempo suficiente para haberme asentado aquí en las diferentes esferas que conforman mi vida: trabajo, amigos y pareja. Del mismo modo que ya hablo catalán, aunque esto ha sido tan jodido como necesario, ya que lo he necesitado para sacarme las oposiciones.

Mi llegada a Cataluña se dió después de graduarme en Psicología. Dejé mi tierra para cursar el máster en Barcelona, seguido del doctorado. Además, actualmente y desde hace dos años que estoy opositando para ser psicólogo de la Generalitat. Me identifico como opositor porque ahora mismo mi vida está muy condicionada por este proceso. Estoy muy cansado, pero es parte de mí el no rendirme ni caer.

Algo muy central en mi vida además de mis estudios es mi recorrido laboral, el cual, junto al académico, está relacionado en mayor o menor grado con temas de masculinidad y género, siendo este el campo en el que me muevo. De esta manera, mi recorrido ha ido pasando por hacer formaciones sobre masculinidad en institutos, pero sobre todo en prisiones, ser profesor asociado en varias universidades y desde hace poco como funcionario en el sector con violencias machistas.

De una manera u otra siempre he buscado introducir el género en los lugares en los que estudio/trabajo, además de que se ha ido combinando esto con temas de prisiones.

Por otro lado, soy una persona tranquila. No escucharás que me he muerto haciendo puenting o algo parecido. Busco una vida calmada. Sé que para eso debo tener también una estabilidad laboral y económica, por lo que desde hace tiempo que trabajo para conseguirlo. En parte por eso quiero tener una plaza en la administración pública. Este deseo puede estar parcialmente relacionado con mi procedencia, ya que vengo de una familia obrera y de una casa de protección oficial. Aunque no me ha faltado de nada, sé lo que es vivir sin una casa de propiedad y en esta clase social. También, sin saber bien bien de qué manera, sé que esto también se entrelaza con mi propia

identidad masculina. Es mi propia narrativa de vida junto a los valores de la masculinidad tradicional que resultan en el valor que le ofrezco al éxito laboral, además de cuánto me expongo a mí mismo para conseguirlo. Es esa autoexigencia -el juez interno- que he tenido siempre y que me ha hecho pasarlo muy mal. No fue hasta hace poco que, trabajando con mi terapeuta, logré aceptar que también era positiva. Al fin y al cabo he llegado hasta aquí en parte por esa autoexigencia, aunque eso no quita el daño que me ha hecho.

Además, esta lucha por conseguir mis objetivos laborales también está atravesada por una comparativa constante con otras personas. Es un juicio hacia mí, pero sobre todo hacia los demás que está marcado por la meritocracia. De si se merecen realmente sus éxitos. Yo vengo muy de atrás y mi proceso ha sido muy duro para entrar en la administración pública. El propio catalán fue el principio de todo este. En cambio he visto que gente de mi entorno, personas cercanas a las que quiero, tanto aquí como en mi tierra, que por sus contextos familiares o por cosas de la vida han conseguido puestos importantes o cómodos con mucha más facilidad. Es como que este sistema meritocrático que tengo tan implantado me hace valorar que estas personas no se han esforzado tanto. Es algo que incluso les cae o les aparece. Esta realidad la he vivido constantemente. Qué si otro se compra una casa con un préstamo de sus padres u otro hereda el negocio familiar.

Yo sé que esto está súper relacionado con el tema de masculinidad, respecto a cómo se construye también en relación a todo este sistema de competición del estatus laboral y económico, además de, en mi caso, el merecimiento de este. Además, es algo que realmente me ha afectado en mi propia percepción. Los éxitos de los demás, además de la rabia según si es merecido o no, me hacen entrar en un juego de valores en los que cuando pierdo, me veo menospreciándome a mí y mis esfuerzos. Pese a toda mi experiencia, en estos contextos me he llegado a sentir muy pequeño. Como un pringado que aún sigue dando talleres e intenta sacarse las opos. Esto me ha llevado a épocas en las que me limitaba incluso a la hora de verme con mis amigos porque no me apetecía pasar por eso. Sí que es verdad que ahora ha cambiado la cosa, pero no lo siento así porque justamente mi situación ha cambiado y ahora es mejor. Ahora sí que me siento con valor, y es más difícil que el de los otros condicione el mío.

Respecto al tema de revisarse a uno mismo en relación con actitudes hegemónicas, es algo que tengo muy en la orden del día. Pese a que me revise y tenga mucho cuidado, no soy de los que puedan soltar comentarios machistas o habitar estas posiciones. Incluso es algo que procuro hablar con mi pareja por si ve algo que yo no, pero su feedback es muy positivo. Es por esto que cuando pienso en revisar actitudes machistas para quitarme, yo no las tengo hacia el género femenino u otros hombres con otras masculinidades, sino que mi machismo es contra mí mismo que sale de esos roles masculinos tradicionales, que han encontrado una salida según mi socialización y contexto personal. Es como eso de "en casa de herrero, cuchara de palo". Lo de fuera sí que soy consciente pero 'en casa mía propia', en mi propio yo, aunque sea consciente, acabo cayendo en la misma trampa.

De todos modos esta comparativa no me pasa con el resto de aspectos, como el éxito social o sexual. Del mismo modo que esta competición de valor que tengo no me pasa con todo el mundo. Sí es verdad que hay ciertos tipo de personas de las que sí que me alegro genuinamente y otras con las que no. Mismamente mi preparadora de las opos después de tanto curro se las sacó y me alegré muchísimo por ella. Como si fuera mío. Esto me sorprendió porque no estaba acostumbrado a sentir esta alegría por logros de otras personas, y más si justo es lo que estoy buscando yo. Mi costumbre es la de vivir reacciones negativas con las que yo mismo me flagelo por sentirlas. Entonces es aquí donde empecé a observar cómo jugaba yo según la narrativa que recibía sobre el esfuerzo y cómo era merecedor/a de ese logro. Qué tampoco sé qué narrativa hay dentro de esto, porque es lo que a mí me da la gana considerar como merecimiento. No hay unos estándares. Al final todos somos privilegiados en algún sentido.

Si busco relacionar esta realidad que vivo con los discursos culturales masculinos que tenemos integrados, se me viene de primeras la frase de "un hombre se hace a sí mismo" o "debe hacerse a sí mismo" sin que nadie le ayude.

Es a partir de reflexionar ahora que si pienso en si es en relación con si el otro es hombre o no, de primeras diría que no, pero puede ser. Lo veo en relación con que, por ejemplo, amigas mías suelen exponer sus logros desde el reconocimiento

de su suerte y/o sufrimiento. En cambio, de mis amigos hombres suelo recibir directamente sus alardes y/o los beneficios de sus logros. El ejemplo más claro suele ser que exponen de primeras la cantidad de dinero que van a ganar. Además que no expresan, contrariamente, la suerte o el esfuerzo que ha habido de por medio. Eso me da muchísima rabia porque siento que no son conscientes del valor que tiene el lugar dónde están, aunque esto se lo doy yo desde mi posición. Entonces sí que puede ser, porque las mujeres acostumbran a pasar el filtro, y si no, no me duele tanto como con los hombres. Ellos no suelen pasar el filtro que hace mi juicio sobre sus logros, justamente por cómo los evocan. No lo dicen "con la boca pequeña".

En mi caso, por ejemplo, procuro no divulgar o decir las cosas sin aspavientos ni aires de grandeza. Supongo que hago esto porque interpreto desde mis sesgos cognitivos, desde una "lectura de mente" interpreto que la gente es igual que yo, por lo que evito actuar de aquella manera que a mí me duele. Qué igual habrá gente que se alegre y genial, pero a mí no me suele pasar, e interpreto que al resto les puede pasar lo mismo. También porque estoy seguro de que si mis amigos comunicaran estos temas de otra manera, no me daría tanta rabia.

De todos modos, puede ser que haya una competencia masculina por cuestiones de género en la que los hombres inconscientemente tendamos a directamente alardear. Que de esta manera haya un patrón de conducta con una falta de conciencia de la realidad de los demás. Aunque es algo inconsciente, yo no pienso en que quiera estar por encima de los otros ni nada.

Además, es como un espejo que te refleja y te hace sentir en comparación constante. Es algo que no consigo quitarme y creo que a nivel de pulirme y quitarme estos mandatos, es lo que más me cuesta y más incongruencias tengo. Como he dicho, lo suficiente como para que me limite mi sociabilidad por sentirme pequeño por sus curros y/o salarios. Aún así, pese a este rasgo muy masculino insertado en mí, veo que la forma en la que lo transmito no es nada masculino hegemónico, porque tengo bastante cuidado de cómo lo transmito a los demás para no hacerles daño, porque en mi caso podría hacérmelo. Por lo

que, según lo que se acerque a ese patrón, me resuena y me duele más o menos.

Estoy seguro de que mucha peña se siente así, pero decirlo no es fácil. Yo he logrado decirlo a algunos amigos, pero no es fácil porque da vergüenza. Esto lo relaciono con el tema de mostrarte vulnerable, pero en mi caso yo estoy acostumbrado a que con algunos amigos abrirme a capa descubierta y mostrarme híper vulnerable, pero esta comodidad no la tengo cuando es el tema del trabajo. Y esto me ha llevado a que, por mucho guardar y el cansancio de vivir esto, he acabado reventando delante de mis amigos. Y mira que no soy de llorar, pero acabé petando. No son cosas fáciles de expresar, y más si eres hombre. No es fácil decirlo porque quedas como un envidioso, porque no te estás alegrando por él. Y no es así. Es aceptar que puedes alegrarte y a la vez molestarte por lo que se refleja en ti, es como tú te sientes. No le deseas el mal, pero te acaba haciendo sentir una mierda.

Este afán que tengo frente al estatus laboral me preocupa de cara a un futuro como, por ejemplo, en el caso de que tenga un hijo, vaya a ser un flipado del trabajo por querer seguir con este objetivo y así poder tener unos buenos ahorros, aunque esto suponga descuidarlo a él al igual que otras esferas.

Este contexto que vivo también está marcado por mi autoexigencia y el juez interno que tengo, llevándome a que la felicidad de los logros me dure muy poco. Creo que es humano y normal también, al igual que con todas las emociones. Me gustaría volver a reencontrarme con esas emociones. Echo de menos eso. El resto lo ven como algo increíble y yo no le doy este valor. En cambio con mis fracasos o errores no me pasa eso, sino que me hundo en ellos. También es algo que me pasa en muchas situaciones que vivo, que pese a que haya hecho algo muy bien, ese orgullo me dura poco y va cambiando gradualmente por pensamientos intrusivos sobre haber hecho el ridículo o similares. Esta gran ansiedad y su frecuencia me acaba llevando a generar rechazos y que emerjan bloqueos emocionales de “me la suda ya”. Además esto es un patrón que se repite, da igual el historial de logros que tenga, porque siempre miro los que me quedan y me voy poniendo sucesivamente.

Esto puede venir porque, en lugar de ver mis esfuerzos y valorarme por ello, simplemente se ajustan a la imagen que tengo de lo que debo ser y hacer, muy relacionado con la excelencia y profesionalidad. Entonces, cuando lo hago de esta manera, lo veo como algo que tiene que pasar, pero cuando no es así, se fractura ese ideal que me impongo a mí, y me desvalorizo muchísimo.

Siempre digo la frase "es lo que toca". Es lo que me toca. Como tengo esta imagen de qué debo llegar a ser, mis méritos son obligaciones. He llegado a castigarme a mí mismo psicológicamente y físicamente, hasta el punto de golpearme porque no estaba consiguiendo cumplir la rutina que tenía prevista en relación con los horarios de estudio. Sé que debo ser más benevolente y amable conmigo mismo, pero en esas situaciones me sale tratarme mal. Por no contar con que para conseguir esos objetivos, no dudo en sacrificar mi cuerpo y mente. Esto lo relaciono con eso tan masculino de "si me caigo, me levanto". Aunque sepa y promulgue que caer es bueno y descansar, pero no para mí. Creo que es un mandato que tengo muy marcado.

Además, algo que me sorprende es que aunque hacia mí mismo no sea capaz de ser empático, compasivo y benevolente, son unas habilidades que uso hacia los demás. Es por eso que no es que no las tenga, sino que las uso hacia fuera, pero no conmigo mismo. Yo sé que muchas situaciones que vivo por las cuales soy tan duro, si las viviera un amigo mío mi forma de enfocarlo sería completamente diferente, ya que sería súper bueno y compasivo e incluso no entendería por qué es tan duro consigo mismo. Es esa fina línea entre que les pase a otras personas a que me pase a mí. Conmigo entran en juego otras cosas que hacen que no logre conectar con esas formas de ser. Un ejemplo muy sencillo es cómo un amigo me comentó que a raíz de las opos se dió cuenta de que había gente mucho mejor preparada que él y que no tenía porqué quedar el número 1. Para mí eso fue revelador porque veía todo el sentido que tenía eso, pero a la hora de pasar por este proceso, yo llegué a meterme en la cabeza que podía llegar a quedar el primero. Era una sobrepresión que me ponía sin sentido alguno y que encima ya lo había visto como tal con otros.

Respecto a esta realidad que vivo, la manera de gestionarlo ha sido asimilar que convivo con ello porque no consigo

cambiarlo. Por mucho trabajo que haga y mucho que lo hable con la psicóloga, acabo cayendo en esos patrones. Yo me he escrito muchísimo y me he hecho listas de mis logros para intentar entrar en contacto con el orgullo y valor propio. Entonces, además de convivir con ello, que no es ni aceptarlo, también reconozco que he barrido debajo de la alfombra, como el dejar de ver a mis amigos por tal de no verme en esas. Y ahora que tengo una buena posición laboral y ya no me siento tan incómodo ni pequeño, ya no me importa. Reconozco que el hecho de que ahora no me duela tanto es directamente por esto. Aunque sé que igual que ahora el globo está más deshinchado, es un buen momento para enfrentarme a esto con mayor facilidad. Podría pasar por esta incomodidad y dejar atrás estos patrones hegemónicos hablándolo con aquellos amigos con los que me ha pasado ya que en su momento no me salía. Como mucho lo dejaba caer. Aunque las ganas de volver a inflarlo y enfrentarme son cero.

Con todo esto he podido ver que intento trabajarme y hacerme estos ejercicios cuando solo estoy mal. Cuando se dan los momentos de crisis y recurro a ellos como manera de gestionar el malestar. No es algo que intente implantar en mi día a día, el acostumbrarme a hablarme bonito, a ir valorando constantemente las cosas que hago… Es como si buscase solo achicar el agua en momentos duros en lugar de construir en mí unas capacidades de acompañamiento y reconocimiento propio. Esto puede estar muy relacionado con la masculinidad y nuestra conexión con lo emocional y los buenos tratos, y sobre todo si son hacia nosotros. Como si la percepción de lo que valemos no la tuviésemos que trabajar por dentro, sino que está en constante comparación con los otros. No me quedo con que he conseguido X logro, sino que este entra en contacto con toda una comparativa con los logros de otras personas. Es siempre esta tendencia de ir para afuera y que de aquí resulte nuestro valor, en lugar de decidirlo nosotros solos. Y esto es algo que no acaba nunca. Nunca estás conforme porque no lo ves suficiente. Siempre hay algo que esté por encima, y si no tú mismo te lo acabas inventando. Aunque, paradójicamente, entender que si todos los hombres hablásemos de estos temas muchos veríamos que vivimos cosas similares me hace poder aceptar esto (y a mí) un poco más porque veo que estos celos son súper normales.

También pienso que se podría llegar a mejorar este tema si le damos lugar a entender que estos tienen que ver con un juicio positivo de nosotros como personas, no como una obligación a conseguir y de alcanzar el ideal.

Amistades entre hombres

Mis círculos sociales son dos. El primero está en mi tierra, y es un grupo que se creó en la adolescencia por contexto geográfico y de aficiones. Es un grupo de primeras homosocial, pero se fueron incorporando parejas de algunos. Aún así no es un grupo que se amolde a patrones hegemónicos. Tampoco lo atribuiría a posiciones antipatriarcales ni alternativas. Era un grupo con el que no sentías malestar, pero tampoco era un espacio de mostrarte vulnerable. Ninguno de ellos tenían tablas ninguna, si les contabas algo daban respuestas simples. Aspecto muy masculino tradicional, pero no hay hegemonía desde la violencia o de cosificar y sexualizar a las mujeres. Pero sí que a nivel emocional son más castrados que nada. Tienen muy poco desarrollo emocional. Esto hacía que muchos acudieran a mí cuando necesitaban contarme algo, ya que el resto son menos profundos y con una inteligencia emocional pobre. Por otro lado muchos son súper inteligentes y con unos trabajos súper potentes, pero en los contextos emocionales no saben qué hacer. Hay un ejemplo muy claro en el que un chico que era de nuestro grupo, se alejó en una época en la que tuvo depresión. Acabó dejando la carrera y, después de que al tiempo nos viéramos y acordásemos que se lo contaría al resto, al contárselo al primero de ellos no lo entendió y sus dudas eran de por qué no había acabado la carrera quedándole solo un año. Me sorprendió porque encima es un chico súper inteligente pero con una inteligencia emocional pésima. Todos son como "muy cortados con la misma tijera". Para las risas están muy bien y no tendrán comentarios homófobos ni machistas, pero en esto carecen. Y por esto, yo también me encuentro castrado con ellos porque no les cuento absolutamente nada. Paso de hablar con una pared. Es un buen grupo y no sufrirás violencia, pero no te van a recoger un malestar.

Por otro lado tengo al grupo de aquí. Somos un grupo que surgió de temas de masculinidades. En este grupo he podido llorar y abrirme. No lo había hecho nunca. Es un grupo que sí que tiene su trabajo detrás. No solo no es un espacio violento sino que también es de cuidados. Aunque fue con este mismo

grupo que sentí el problema del trabajo, pero sé que sentirme violentado fue una percepción subjetiva mía y estaba sesgada. Es un espacio que no solo no es violento, sino que también es de cuidados. Te sientes acogido. De igual manera que con el otro grupo no pretendo contarles ciertos temas porque igual no se ríen, pero se quedan descolocadísimos, con este agradecen que se comparta y te sientes cómodo para expresar vulnerabilidades. Aunque aquí también hay de todo, como por ejemplo quien en lugar de acompañarte, te intenta dar una solución, aspecto muy típico.

Haber podido vivir esta nueva realidad para mí me ha hecho ser consciente de ciertas cosas y cambiar valores y preferencias en la socialización. Con el primer grupo compartíamos espacios de comida, videojuegos, hobbies en común, pero no se hablaba de emociones. En ese momento yo tampoco le daba importancia porque no conocía otra realidad. Al llegar aquí y ver que hay otras formas de relacionarse, es cuando eres consciente de que muchas veces los grupos se pueden crear más que por mera cercanía y alguna cosa en común. Es duro y queda feo decirlo, pero si los conociese ahora en algún espacio compartido, seguramente la mayoría no se convertirían en amigos míos. Hoy en día cuando vuelvo a mi casa y nos juntamos, hablan sobre temas que no me interesan, como de videojuegos o de invertir. Es algo que aunque antes también vivía, ahora me molesta mucho más. Quizás el haber visto aquí otro rollo y generando otros vínculos con gente que está en el mismo plano que yo, logras ver con mayor perspectiva.

También es que yo he cambiado mi forma de ser y mi posición política. Eso influye en esta diferencia. Antes ni me planteaba temas que abarcan el género y el feminismo. No veía la necesidad de ser emocionales. Estaba en el mismo punto que ellos, solo que yo me he salido de un plano en el que ellos continúan. Estaba mimetizado con ellos. Igual sí que habían cosas que me molestaban como que estuvieran jugando a videojuegos que a mí no me interesaban, pero tampoco le daba mucho valor, o simplemente lo relativizaba. Ahora es diferente porque he conocido y empezado a valorar otras cosas, de manera que veo de otra manera el cómo debe ser un grupo de amigos para mí. Más allá de los “jijis y jajas”.

De todos modos, pese a haber sido siempre una persona muy sensible, en aquellos tiempos no creo que fuera consciente de

no tener los espacios que ahora sí que solicito. No tenía ese click. Tampoco creo que lo llegara a echar en falta del mismo modo que ahora sí lo echo cuando voy con ellos. En ese momento no me daba cuenta supongo porque yo también lo estaba.

Gracias a salir y ver otros espacios donde se daban otras cosas, como espacios de cariño y cuidado entre hombres, ves las incongruencias y las necesidades entre ti y el espacio que habitas. Un ejemplo que ahora concibo como algo vital en mis círculos, y que tengo en este, es que hay muy poca probabilidad de que te hagan sentir incómodo. Es un espacio seguro, tienen mucho tacto y conciencia sobre qué decir y qué no. Así no necesito estar a la defensiva y me siento mucho más cómodo. También, como he comentado antes, que si necesitas mostrar un problema o llorar, no van a buscar darte soluciones, sino que te acompañan. Te ponen la mano encima y te validan. No se quedan solo con el "qué putada". Pero para ello hay que salir de la línea base y encontrarse con otras posiciones. El camino lo haces encontrándote con gente que se expresa de forma diferente y así ir creándote tú también. Si yo veo que puedo compartir mis vulnerabilidades con alguien y veo que eso me gusta, luego lo haré con otras personas. Y así sucesivamente. Es como un virus que se va propagando pero de manera positiva porque nos vamos relacionando de una manera diferente y muy positiva y se va trasladando.

Ola reaccionaria de neomachismo

Todo este tema emocional y cómo los hombres pueden llegar a estar de castrados es algo que está relacionado con todo lo que se ve ahora respecto al crecimiento del neomachismo. Estás mal y no eres capaz de identificar o hacer frente a ciertas situaciones porque no tienes ninguna herramienta ni capacidad de expresarte y poder gestionar lo que llevas dentro.

Y esto es justamente algo fundamental. Yo cuando hago talleres no empiezo hablando de los privilegios que tienen por ser hombres. Como normalmente solo tengo una sesión, lo que intento es que entiendan que la propia masculinidad también tiene consecuencias negativas para ellos y que todos estamos bajo el mismo sistema patriarcal y que el feminismo es la respuesta.

Falta mucho trabajo por hacer ahí. Hay que entender que los hombres no somos conscientes de toda la mierda que tenemos detrás y que por eso no picamos a la puerta del feminismo. No queremos trabajarnos y colaborar porque no nos vemos también como víctimas del sistema patriarcal. Además, no se ha visibilizado porque los hombres tampoco lo han visto como tal. Ya se conjuga bien de esta manera con el propio sistema capitalista: Voy a trabajar, gano dinero y proveo a mi familia. Esa es mi figura, no la de hablar con mi pareja o la de formar parte de la crianza de mis hijos. Eso me da igual porque tampoco me lo llego a plantear. Pero no se les puede pedir a las mujeres que nos lo hagan, como ha pasado con la misma baja de paternidad de cuatro meses. Ha sido gracias a las mujeres y los hombres ni siquiera hemos luchado por eso casi. Es estar desconectado de los beneficios que podemos llegar a tener, como es la crianza de nuestros hijos. Pero es eso, revisarme y trabajarme no me da dinero ni solventa mis gastos y deudas. No tiene valor económico. Y si encima seguimos sin encontrarle otro valor que nos mueva, se hace difícil poder abrir los ojos y avanzar hacia un horizonte de cambio.

Y la situación no mejora, sino que cada vez nos distanciamos más. No son pocas las veces que me veo dando talleres y emergen discursos en algunos sectores de las clases muy tradicionales: muchísima homofobia, la idea de que el hombre es el que trae el dinero a casa, que ciertas funciones como la paternidad no les pertocan, la supuesta necesidad de vivir riesgos porque si no la vida es aburrida… Y es que todo este repertorio discursivo ha sido cogido con mucha fuerza por generaciones que no es que estén viniendo, sino que ya están aquí.

Este rebote tenía que salir por algún lado. Los mismos chicos te explican que están hartos, de que con 15-16 años les hayan venido a dar 8 charlas sobre igualdad de género y a hacer mil cosas para el 8M y el 25N. Que no es que esté mal concienciar y visibilizar la violencia hacia las mujeres, ni mucho menos, pero si tu eres un chico joven y te están , como ellos dicen "calentando la cabeza constantemente" sin parar sobre la violencia hacia las mujeres y que los hombres, por lo que ellos se sienten también, los culpables de todo, se acaban sintiendo atacados y generando una sensación de rabia, enfado, odio, junto a una situación de ¿y nosotros qué?

El problema de todo esto es que todos estos talleres de igualdad de género realmente solo se han enfocado en uno, y no han tratado también la problemática masculina derivada del sistema patriarcal. Y repito, súper necesaria la intervención sobre las violencias que sufren las mujeres por el hecho de serlo, pero al final tienes a la mitad de la clase que también necesita entenderse a ellos mismos y poder resolver dudas e inquietudes. Yo esto lo veo cuando hago los talleres. Generamos espacios no mixtos en los que van emergiendo cosas como preguntas sobre sexualidad. Empiezan a tener espacios para cuestionarse a ellos mismos, el punto en el que se encuentran y la posibilidad de ir hacia otros. Pero pasa la hora y media de taller y pum! ,no vuelven a tener un taller de estos siendo adolescentes nunca más. En cambio al poco tiempo vuelven a tener talleres de violencia de género y nuevas preparaciones para el 8M y el 25N. Entonces ellos no conectan con nada de lo que se les hace y se quedan con todas las dudas tan legítimas que tienen, porque nunca nadie se las ha contestado. Hay muchos sesgos, mitos y mucha mierda que trabajar con ellos, pero no se generan los espacios. ¿Y qué pasa con esto? que si se ven atacados y presionados constantemente por ser hombres y por llevar a cabo unas prácticas y discursos que ni ellos mismos entienden ni se han parado a reflexionar, te encuentras que el resultado son unos enfrentamientos directos por parte de los chicos contra las chicas. Me han venido profesores exponiéndome su preocupación por esta situación en la que no es que se palpe la tensión, sino que hay insultos y una guerra y odio constante entre lo que parecen ser dos bandos. Mientras por un lado sí que me encuentro que la mayoría de chicas tienen formas de pensar que van avanzando hacia unas horizontes inclusivos y no violentos, con los chicos te encuentras que empiezan a salvaguardarse detrás de todos unos discursos súper hegemónicos y agresivos contra las mujeres, el colectivo LGBT y hacia ellos mismos. Es una contranarrativa. Y hasta se ve como lo performatizan todo, porque frente a esta situación, lo más gracioso (y seguro) es esconderse en toda la performance del gracioso que agrede contra todo.

Entonces volvemos a lo mismo. El problema está en llamarlos talleres de género cuando solo estás tratando uno y al otro dejándolo de lado. Pero claro, pedir eso es difícil porque con todo el *purple-washing* de ahora solo hacen que pedir que se

introduzca en todos lados una perspectiva de género sesgadísima y súper enfocada a lo de siempre. Y justo la perspectiva de género es una mirada y es aplicable a muchas cosas, como por ejemplo los chicos, sus masculinidades y los mandatos que imperan. Y esto es un problema de conocimiento popular, porque es a nivel macro que la sociedad se ha decantado a hacer y estudiar un género solo.

Y ahora ya se están empezando a dar cuenta de todo esto. Se está empezando a dar el paso, solo que ya vamos tarde porque los chicos ya han "escogido un bando". No ha habido un proceso de trabajar las masculinidades y posteriormente, en la toma de decisiones sobre si vincularse al feminismo y no al bando reaccionario, tengan las tablas y reflexiones necesarias para entender qué les conviene a ellos y a la sociedad. Han conocido sus masculinidades desde el ataque hacia ellos y el posicionamiento a una ola reaccionaria neomachista que está siendo muy grande y fuerte. Es algo que se tendría que haber empezado hace muchos años, no ahora que todos estos discursos ya tienen una cabeza de turco: el feminismo. Entonces claro, ir desde éste a dar explicaciones es difícil porque muchas veces parten ya desde el rechazo. Y sobre todo porque tienen un discurso muy bien construido. Te dicen que qué privilegios tenemos los hombres si somos más sintechos, los que más vamos a la cárcel, los que morimos más jóvenes… Y no les falta razón con todo esto, solo que les falta conectar con las respuestas de estos problemas y relacionarlo con todo el sistema patriarcal el cual hay que dejar atrás de una vez por todas. En cambio, ¿con quién sí que han calado? Pues con todos estos Youtubers antifeministas de turno que hablan de estos temas y fomentan aún más esta ola reaccionaria.

Ahora mismo poder entrar en estos espacios es complicado. Es por eso que también hay que saber cómo hacerle ver a los jóvenes lo beneficioso de sumarse al feminismo. Si hacerlo implica tener que agachar la cabeza y reconocer todos nuestros pecados, nuestra condición de culpables y que la voz y la legitimidad debe ser dada a las mujeres como deuda de una historia que tampoco han vivido, no vamos a conseguir permear en estos espacios. Es como estos documentales que salen en la televisión sobre masculinidades y grupos de hombres, donde es todo el rato flagelarse por ser hombres malos y que han podido ser violentos. Entonces claro, si los jóvenes van creciendo y entrando en contacto con las diferentes opciones que hay, si

una es esta de reconocimiento de culpa y constante revisión como condena, mientras que por el otro lado ven la vía de los youtubers y Foros en los que es todo risas y vivir tranquilos en sus privilegios, la balanza ya se inclina hacia un camino.

Por tanto, es importante considerar a los jóvenes como lo que son, adolescentes con una identidad en construcción, con sus interrogantes sobre el género, las relaciones, los feminismos… dudas totalmente legítimas, y tratar de acercarles al género a partir de algo que les interpele de manera directa y personal, es decir, su masculinidad.